

XVI.

Aunque ingresa en torno a las cuatro mil libras mensuales, se ve obligado a compartir un viejo piso en Londres con su casero y dos personas más. Es un piso grande, con profundas grietas y enormes manchas de humedad en las paredes. Detrás de una de las puertas del pasillo, al margen de la existencia de sus compañeros de piso, Cipriani gestiona su faceta pornográfica. Lo sé porque tiene gran parte de su vida británica en el teléfono y la enseña a la mínima ocasión. Es eso y la maldita repetitiva *hardcore hardstyle* lo que lo definen.

Cipriani se ve sumido en un círculo vicioso: recibe un respetable sueldo proveniente del pluriempleo, pero el dinero no le llega para mantener una vida digna porque es un adicto al sexo.

—Londres es muy caro, tío.

—A ver si lo entiendo. Pagas cuatrocientas libras por tu habitación, ¿sí? ¿El resto va destinado al sexo?

—Más o menos... sí.

Sexo porque quiere convertirse en actor porno y eso se paga a doblón, y sexo para suplir a una pareja que nunca encontrará porque trabaja demasiado.

Está sentado en una de las hamacas negras. Podía al menos haberse subido el bañador hasta la cintura o espe-rar.

—¿Tienes la grabadora aquí? Pues dale, tío.

Cada día puede permitirse descansar entre tres y cinco horas porque no tiene tiempo para más.

—La clave está en dividir las horas de sueño entre los turnos de trabajo. A veces mi *manager* me deja dormir en el hotel porque no me da tiempo a ir a casa. Es un buen *manager*, también hace la vista gorda cuando subo chicas a la habitación.

—¿Son prostitutas?

—Sí, mucho dinero en prostitutas de lujo. A veces son las chicas de los castings.

—¿Contratas los servicios de otras actrices porno?

—Sí, cuando tengo pasta. Consigo sus números en las productoras.

—¿Alguna vez has tenido sexo que no fuera a cambio dinero?

—No, nunca.

—Mi sueño es ser actor porno —me cuenta—. Mismas chicas: Sara June, Siel, Mery Sapphire, Julia Slassssh... Sé que tengo que concentrarme más para mejorar mi *performance*. Quiero saber que problemas *tiene* para entrar *deeper* en la industria.

—¿Tienes experiencia?

—¿Tiene experiencia? Sí, sí tiene —Cipriani confunde a veces la tercera persona con la primera, o mezcla palabras inglesas en su español nervioso, pero maneja los dos idiomas con soltura en el cara a cara—. En Londres he hecho quince películas este verano, y he estado diez o doce veces en Alemania para grabar *gangbang*.

—¿Pagado o pagando? —El que pregunta es Max, en inglés. Lleva un rato rondando interesado por la entrevista.

Cipriani deja escapar un nombre: «Triple G, John Thompson». Según su web, John Thompson, o GGG Film es una productora alemana especializada en sexo extremo. Se presenta como «una de las productoras más exitosas de Europa». En su página de inicio da la bienvenida a los *principiantes* y muestra tres botones de inscripción: uno para chicas, otro para chicos y otro para mirones o *voyeurs*. También asegura una entrada gratuita en la industria e «incluso la posibilidad de ganar dinero».

—Te dan veinte euros por las escenas de *gangbang*, en las demás he pagado yo, y no merece la pena. Aquí con Siel al menos el dinero es bien invertido: te sientes bien y te dan los vídeos. En uno o dos meses están colgados en la web.

«En el caso de que no los consigan vender a una empresa externa», tengo apuntado en el cuaderno, pero

ellos, al parecer, o no lo saben o no han leído el contrato con atención.

—Tengo que concentrarme en hacerlo mejor. Diez, quince o veinte minutos. En cada compañía tienen una política diferente, algunas hasta te piden media hora.

—¿Has conseguido aguantar más de cinco minutos alguna vez?

—Sí. Antes podía. He hecho algunas buenas películas. Pagué a una agencia para hacerlas con más paciencia porque quería las demos.

—¿Por qué eres eyaculador precoz?

—No lo sé... tengo que aprender a disfrutar un poco. Trabajo setenta y cinco u ochenta horas a la semana y a veces trabajo entre noventa y cien. De recepción y de *bartender*. Además, mi trabajo en el hotel es de agencia, así que me van mandando a diferentes hoteles. Necesito vacaciones y relajarme. Por eso vengo a España: buena gente, buena comida, buena temperatura, buen paisaje, buenas chicas. Tienes que tener cuidado con la crema solar, en Londres no uso porque siempre llueve. En Londres solo trabajo noche y día, no puedo concentrarme.

Si no tuviera fotografías de cada uno de sus hitos sexuales pensaría que me está engañando. Responde de corazón, con prisa por vomitar su historia tras cada pregunta y por volver a clavarte los ojillos azules esperando la siguiente.

—¿Cuál es tu origen? No siempre has vivido en Londres, ¿no?

—No, yo vengo de Rumanía, de familia pobre, por eso tuve que emigrar.

—¿Cómo es tu familia?

—No lo sé muy bien. Cuando tenía dos años mis padres se divorciaron y no lo *volvió* a ver. He visto a mi padre veinte veces en mi vida... más o menos. Han pasado más de diez años desde la última vez que supe algo de él, ni siquiera sé si vive.

—¿Tienes hermanos?

—Un hermano, ahora vive en Londres también. Mi madre está sola, pero volvemos a verla de vez en cuando.

—¿Sabe algo de tu afición al porno?

—Ella no. Mi hermano tampoco sabe nada de mi vida. En enero volví unos días para coger un documento y confesé a mis amigos, ellos me admiraban. En Londres no les sorprendió demasiado, el *manager* ya me había visto con prostitutas en el hotel. Él siempre dice que si trabajo, si me afeito, me lavo y me plancho, le vale. Mucha disciplina, pero con que esté elegante le vale.

En eso consiste su rutina: se levanta combatiendo el sueño, se afeita la barba y la cabeza y se pone un uniforme que consiste en una camisa blanca, un pantalón gris con raya, corbata y cinturón antes de bajar a la recepción con el resto de empleados. Allí el jefe —o *manager*, como dicen en Londres— los pone en fila y les acaricia la cara uno a uno, eso describe Cipriani.

—Te pasa el dedo por la barbilla, si no estás bien afeitado o no le gusta te manda a casa, si pasa muchas veces te despiden.

—Tu *manager* no suena demasiado amistoso.

—No... es verdad. Trabajo mucho, y el tiempo pasa. Me he dado cuenta de que necesito una vida personal porque no soy feliz.

—¿Alguna vez has tenido novia?

—Nunca he tenido. De niños se reían de mí, decían que era feo porque soy pálido y tengo los ojos muy claros. Cuando me iba a ir a Londres dijeron que nadie iba a quererme, que solo duraría tres meses, ahora llevo cinco años. En seis meses pido el pasaporte británico, pero *never girlfriend*, tío.

—Siento lo de tus amigos, tío.

—Si estás con gente mala que dice cosas malas acabarás pensando que eres idiota. Necesitas rodearte de gente que te anime. Puedes fallar una, dos, tres veces, pero hay que seguir. Así me siento con esta gente.

—¿Con Siel y las chicas?

—Sí.

Todavía no parece darse cuenta de que para ellas es un billete andante al que no toman en serio. Tan solo se trata de un adicto en su segunda recaída, pero si se lo dijera ¿qué le quedaría? Estas son sus vacaciones y su mayor esperanza antes de consumirse.

Antes de llegar a los cuarenta.

—Háblame un poco de trabajo. ¿Qué has estudiado?

—Estudié Economía en Bucarest y me puse a trabajar de cajero en un banco. Allí ya me fui del pueblo y empecé a viajar.

—¿Sí? ¿Dónde has estado?

—Después de Bucarest me mandaron a Doha, Qatar, luego estuve seis meses viviendo en Grecia.

—¿Lo dejaste todo por trabajar de camarero y recepcionista de hotel en Londres?

—Sí, fue por el porno. Por supuesto que la vida es muy dura, pero alguien me dijo, si quieres triunfar con treinta y dos años tienes que trabajar duro y estar en el lugar adecuado, así que me fui allí.

—¿Nunca te han dicho que estás loco?

Ríe. Con Cipriani siempre es así. Él mismo se ha convertido en un chiste de sí mismo. Con él solo puedes hacer dos clases de bromas, puedes reírte *con o de él*.

—Alguna productora me ha dicho que soy un *maniac*. Quiero hacer algo con mi vida, estoy en ese momento, así que veamos que va a pasar. Cuando tenga el pasaporte británico creo que iré a América a probar suerte, si no tengo éxito hay un plan B... estudiar.

—¿Estudiar qué?

—*Finance banking, accountancy*. Quiero encontrar un futuro brillante, si trabajo día y noche me voy a morir.

—¿Cómo empezaste con todo este tema del porno?

—A los veinte o veintiún años ya estaba obsesionado con el porno. Supe que tenía que ser mi profesión, pero es difícil llegar, estar en el lugar adecuado, y en Rumanía no había muchas películas. Vine a Londres intentando hacer contactos. También intenté hacer contactos de Hungría y la República Checa, que es donde hay más movimiento, pero la gente quiere que pagues por grabar.

—Háblame de tu primera relación sexual.

—Pues tenía dieciocho años, fue pagando y... no me acuerdo de su nombre... no. Era una chica turca. Me gustaban mucho las chicas morenas, luego me gustaron las rubias. Ahora me gustan todas las chicas guapas y sexys.

—¿Ha habido alguna vez que no hayas pagado por sexo?

—Sí. Una vez no pagué. Fue en Bulgaria de vacaciones. Había una chica en la playa, yo me acerqué, intenté hablar con ella. Era muy guapa, y estaba un poco borracha. Me dijo que le parecía guapo, que quería salir conmigo, y salimos. Yo pagué por copas y nos acostamos.

—¿Recuerdas su nombre?

—No, tío.

—Pero sí recuerdas el de todas las actrices porno y productoras.

Su única respuesta es una carcajada.

—¿Me cuentas tus gustos sexuales? Me gustaría probarlos esta noche contigo, tío.

Eso le divierte. Creo que ha empezado a generarse una conexión entre un par de fracasados sentados al sol mientras la industria pornográfica sigue funcionando a nuestro alrededor sin percatarse de nuestra presencia, pero devorándonos al mismo tiempo.

—Me gusta el beso francés, chupar *pussy*, lo normal. Me gusta tener sexo normal anal, estoy dispuesto a pagar un poco más para probarlo y recordar qué se siente. Soy un chico normal.

—¿El porno que consumes es estándar?

—Sí, no tengo fetiches. A veces he tenido ofertas, me pedían participar en una película gay... era una buena oferta. Hablaron de doscientos euros por la escena, pero no acepté.

—Parece lo más rentable de lo que me has hablado hasta ahora.

—Sí, pero nunca haría fetiche, dominación, *pissing*, nada que sea meterme cosas por el culo. Aparte de eso haría cualquier cosa.

—¿Nunca te ha tocado hacer algo desagradable?

—*Oh yeah, man*, el año pasado. Todo estaba bien cuando llegué, pero cuando empezaron el rodaje me pidieron que me pusiera de rodillas sobre la mesa. Metieron una bola dentro de mi boca y me ataron mientras las chicas me tocaban con un lapicero... fue muy doloroso. Esa compañía estaba pidiendo quince minutos, imagina aguantar un cuarto de hora atado y de rodillas sobre la madera... muy doloroso. —Se detiene para pensar rascándose la calva—. A veces la productora me dice que es *script*, que hay que hacerlo. En realidad, a las productoras no les gusta que preguntes cómo o con quién vas a grabar, así que me conformo con que me digan que no es porno gay.

—¿Estás satisfecho con las escenas que estás grabando?

—No, pero creo que si no hago esto me arrepentiré más adelante. Si tienes un sueño tienes que perseguirlo. De momento estoy haciendo mi portfolio, y ya tengo mi dirección de Twitter con mi correo de contacto.

—Tengo que preguntarte esto. Sé que te molesta, pero es llamativo que no recuerdes los nombres de ninguna persona fuera del porno, ¿crees que hay diferencia entre esto y algo real?

—¿Diferencias? Mira, vengo de una familia pobre, trabajo todo el año. Si me enamoro supongo que pondré más pasión, pero con el porno y las prostitutas solo quiero pasar un buen rato. A veces ganas dinero y otras pagas, hay una diferencia porque eso no pasa con una novia, pero ahí al menos habría amor.

XVII.

Cuando D. aún no se había planteado dedicarse a esto soñaba con tener su propia guardería. Los niños le gustaban demasiado como para dejar pasar una meta tan clara. Por supuesto, eso era solo el principio y todavía quedaba mucho por venir.

—¿Te llamas Julia Slash? ¿Estás cómoda con ese nombre?

—Sí, yo me presento ya como Julia a todo el mundo.

—Y eres de Rumanía.

—Sí, de Timișoara, a ciento cincuenta kilómetros de Hungría, al oeste del país. Viví allí hasta los dieciocho, pero luego me vine de vacaciones aquí a España y me quedé... llamé a mi madre y le dije: "no sé cuándo volveré". Era el verano en el que acabé bachillerato, después de todos los exámenes y el estrés. Mis amigas y yo queríamos ir de vacaciones a algún sitio.

»Tenía una tía en Alemania que iba mucho a Marbella y la visité. En el restaurante del barrio en el que vivíamos necesitaban gente, era un asador de pollos. Hacía pizzas, asaba pollos, de todo; trabajar con comida era muy guay. Después de eso me trasladaron a una cafetería del mismo dueño, estaba en una clínica privada. Me vine por dos semanas y acabé en España dos años, ¡y ya ganaba el doble de lo que ganaba mi padre! Por aquel entonces Rumanía todavía no estaba en la Unión Europea y podía trabajar solamente como autónoma. No me podían hacer contrato, pero la jefa de la clínica me arregló unos papeles y me colocó como auxiliar de enfermería. Después de un tiempo volví a Rumanía y me metí en la universidad, tenía veinte años.

—¿Qué estudiaste?

—Psicología, pero solo terminé el primer año. Tenía que pagar el alquiler de un piso y para eso tenía que trabajar y me perdía exámenes. Los exámenes a los que no

iba tenía que pagarlos... me quedé sin dinero. Fue una locura, creo que todavía tienen mis títulos de bachillerato en la universidad.

El 1-1 de Wesley se grabará en el mismo sitio donde he entrevistado a Julia. Joan me permite quedarme con la condición de que me mantenga relegado a una esquina en la mesa de madera apolillada donde ha respondido las preguntas. No es la clase de mesa desvencijada que uno encuentra en una casa abandonada en el pueblo, esta es una de esas mesas rústicas que se pagan a doblón a alguien que vende muebles restaurados para decorar casas de lujo con un aire antiguo.

Es un punto perfecto que refleja ese ambiente de «*bitches, party, rich teenager*» del porno amateur con gente demasiado joven, como Wesley. En la escena, interpretará a un adolescente que ve la tele con su novia en un pantallón enorme rodeados de lujos caros y paredes de piedra sin pulir.

Joan quiere grabar con una *GoPro* porque le ofrece un ángulo de visión mucho más amplio. Es como un ojo pornográfico de Dios. Estas cámaras han supuesto un gran avance dentro del cine, especialmente dentro del cine porno. Desde que se grabara *Garganta profunda* allá por los '70 con un presupuesto de cincuenta mil dólares, el abaratamiento de los equipos y la creciente cantidad de recién llegados a la mayoría de edad buscando un dinero fácil ha saturado la industria. Muchas de esas chicas con nombres horteras solo aguantan un par de escenas y deciden que lo mejor desde el principio era ser camarera de fin de semana hasta encontrar algo mejor, pero entonces vendrán otras a grabar nuevos vídeos.

El mundo da los buenos días cada mañana a un buen número de dieciochoañeras dispuestas a sacarse doscientos euros en media hora. Con el suficiente carbón que quemar y una buena cámara hoy tú también puedes vender tus propios vídeos porno en la red si inviertes en una *GoPro*.

—¿Qué ocurrió después?

—Le dije a una amiga: «tía, yo me vuelvo a España», ya tenía los papeles y todo. Le dije que se viniera conmigo. Rumanía ya había entrado en la Unión Europea y la situación era mejor; ya me podían hacer contrato y todo eso. Nos fuimos a Mallorca. Yo buscaba trabajo de gogó en discotecas porque también me gustaba bailar a veces. No encontramos nada, pero un día salimos de fiesta, nos emborrachamos y me puse a bailar como una loca. Me vio el encargado de la discoteca y me dijo que si quería hablar con el jefe. Claro, yo dije que sí. Pensaba que me iban a ofrecer trabajo de gogó.

—¿Qué te dijeron?

—Me dijeron: "a ver, en esta discoteca se hace de tres a tres y media un show porno con actrices profesionales, ¿lo quieres hacer?". Después me dio precios, me enseñó el sueldo semanal y yo flipaba. Yo no tenía ni idea de lo que era un show porno, no sabía si tenía que desnudarme o algo así, pero a mí me daba igual tener que hacer eso.

»El segundo día conocí a Siel van Sout y a Sonia Prada. Claro, yo todo el porno que veía en Rumanía era de *Penthouse*, *Playboy* y todo mujeres operadas... yo que sé, todas pibonazos. Y claro, llega Siel, que recién parió a Astrid y me quedé... "¿Estas son actrices porno? Entonces yo voy a triunfar".

»Esa noche fue mi primer show con ellas. Me subieron al escenario y aluciné. Yo en mi vida había estado con una mujer, y ahí arriba iba a estar con dos y delante de doscientas personas, además. Me acuerdo de que Siel iba vestida de demonio y Sonia de ángel.

—¿Te gustó?

—Sentí una adrenalina súpergrande. Ahora si me pones un coño delante, yo me lo como, pero... ¿la primera vez? Primero me sentaron, me besaron, me abrieron de piernas. Yo estaba ahí pensando: "¿Pero esto qué es?". No veía nada y me dejé llevar. Cuando bajé toda la gente del público me pedía fotos. Tenía mucha adrenalina y me sentía importante: fue un subidón de autoestima.

»Ya después de una semana haciendo eso, Siel me preguntó si quería entrar en el porno y acabó siendo mi *manager* durante dos años.

—¿Empezamos o qué?

—Venga, acción.

Wesley no ha recibido más órdenes además de ver la tele y esperar. Una vez termina la comedia, Julia toma el control. Interpreta a la novia cachonda y necesitada, y Wesley al novio desinteresado que la ignora. Su indiferencia revoluciona las hormonas de Julia y lo resuelve echándose sobre él como una tigresa en celo. Primero tumba el cuerpo enclenque del muchacho sobre el sofá y después saca la lengua para besarlo hasta el punto de lamerle las comisuras de la boca. Wesley pierde el control de la situación y le arrebató por la fuerza la camiseta como si estuviera ardiendo y le muerde los pechos. Desde que empezó en la industria, Julia ha desarrollado la costumbre de no llevar sujetador independientemente de la situación, sea un rodaje o no.

Julia no ha mostrado muchas ganas de hacer esto desde el principio. Ni siquiera se ha molestado en deshacerse la coleta. Solo se trata de un paripé ideado para que el chaval no se sienta ridículo después de haber fracasado en su intento de rodaje anterior. En todo caso, hace lo posible por que se excite acariciándolo mientras él sigue mordiendo. En una de esas ella ve su oportunidad de frotarse contra su cuerpo con el ansia de acabar cuanto antes, y oigo su aliento sobre el nervioso muchacho. Joan ha encontrado el ritmo que buscaba en una escena al fin. Grabar a dos personas es más fácil que grabar a cinco; no hay que estar atento a tantas manos y bocas.

El belga no sabe dónde tocar ni cómo moverse. Esto es mucho más de lo que imaginaba. Al principio, intenta gemir como ella, pero ni siquiera parece percatarse de que sus gemidos suenan como los de un zombie, hasta que la cabeza de Julia se aleja, abajo, abajo, abajo, hasta acabar en su pene.

—¿Cómo fue tu infancia? Has empezado muy pronto contándome tu viaje.

—De pequeña me gustaba rozarme con cosas. Mi madre me cuenta que con dos años me pilló rozándome con un peluche enorme, me preguntó qué hacía y yo le dije que lo que veía en la tele... el amor.

—¿Y cuándo llegó el amor de verdad?

—Pues... mi primera vez fue como cualquier mujer se la puede imaginar. Tenía diecinueve años y era mi cumpleaños, cuando vivía en Marbella. Conocí a un chico y nos hicimos muy amigos y, claro, yo le conté mi situación, le dije que era virgen y él lo organizó todo muy bonito, con rosas, la cama blanca... Primero me empezó a chupar, y luego intentó... cuando estaba bajando dije: «Dios, ¡este qué va a hacer!». Fue muy bien, pero no lo hice por amor.

—Háblame de tus relaciones personales.

—Tengo mis cinco amigas de toda la vida en Rumanía y ahora... pues tengo amigos en todas partes, hasta en los festivales de música tengo amigos. Cuando dije que era actriz porno mis padres no dijeron nada, son muy abiertos, pero es verdad que unas amigas cortaron el contacto por lo que pudiera pensar la gente, y mi hermano también, durante dos años dejó de hablarme, ¡me fui de Rumanía virgen y volvía actriz porno! Imagina el shock para él, pero luego se le pasó.

—¿Cómo ves el amor?

—Soy muy clásica en la vida real, soy de novio. No sé si llegaría a eso de aceptar que mi pareja me diga que quiere follarse a otra tía y yo decirle que está bien. Con un actor porno es otra cosa porque es trabajo y yo voy con la mentalidad de trabajo. Igual otros piensan distinto, pero yo lo veo así. Pero... hacerlo por placer solo porque mi novio quiere follarse a otra tía, no. A ver, que lo veo bien, yo tengo mucha confianza con parejas así, hemos hecho fiestas y lo hemos pasado de puta madre, pero yo con mi novio no lo haría.

—¿Alguna vez te han roto el corazón?

—Me engañaron, sí. Descubrí que mi ex me ponía los cuernos estando conmigo.

—¿Ya te dedicabas a esto?

—Llevaba un tiempo. Nos conocimos en un evento, pero él no era actor porno ni nada. Decía que no le importaba y... mira. Por eso nunca engañaría a mi pareja. Lo hablaría todo, soy tradicional.

—Diferencias sexo y trabajo entonces.

—Claro, totalmente. Aunque esté enamorada de ti si me pones la cámara delante ya no te la chupo como si te la chupara con amor. Tengo un chip: veo la cámara y ya pienso que estoy trabajando. No es un fetiche, pero... no sé... Me gusta ser actriz porno, no es solo por el dinero.

Veo las posturas a través del reflejo del cristal del armario donde guardan los juguetes de Astrid. La vitrina refleja el respaldo del sofá y parte de la cabeza de Julia que resurge intermitentemente con un movimiento vertical sobre el respaldo de cuero verde y vuelve a desaparecer unos segundos tras una profunda arcada.

Los gemidos de Wesley resultan más agónicos cada vez hasta llegar al punto de parecer llantos que devoran la sonoridad femenina de los de la actriz.

A veces pensamos que Wesley tiene problemas de dicción o incluso de atención. Nos resulta imposible seguir una conversación con él a pesar de su supuesto dominio del inglés. El primer día vino sin pagar, y tuvo que volver a la ciudad con Andy para sacar dinero del banco. Ahora, cuando habla, es imposible ignorar esa forma de pronunciar la *ese*.

—*Are you ok?* —le pregunta Julia.

—*Yesh, yesh* —responde, sin darse cuenta de que la pregunta no es más que una formalidad y una forma disimulada de preguntar por qué todavía no tiene una erección.

El sonido pegajoso de las eses de Wesley también le resulta irritante a ella, pero ha desarrollado una paciencia especial para estas situaciones. De hecho, tengo la impresión de que este no ha sido el peor de los castings y

de que estas paredes han alojado a personajes todavía más extraños.

Julia se esfuerza por ponerse a su altura, pero con su falo dentro de la boca es difícil mantener un volumen tan alto como el suyo.

Vuelven a quedarme solo los reflejos en el mueble y el sonido ahogado de los gemidos. Aunque habían pedido una escena corta, la felación está durando más de diez minutos. A Julia se le cansa la mandíbula. Sin tacto alguno ni respeto a la norma del «todo tiene que verse», Wesley la tumba en el sofá para penetrarla. Fuerte, carne contra carne, llenando la sala con el sonido de los choques y la dolorosa sensación de que ella debe de estar sintiendo algo más que indiferencia con los empujes.

—¿Vives holgadamente con el porno?

—Sí.

Se interrumpe para beber más Coca-Cola.

—Sí, vivo bien porque... de cada mes intento pasar tres semanas trabajando y una de relax. No sé cuánto dinero gano exactamente pero más de cinco mil mensuales es seguro porque cinco mil es lo que pago por la hipoteca del piso que me estoy comprando.

—Pero también tienes negocios.

—Sí. Yo pongo el dinero y mi hermano se encarga de gestionarlo, de pagar el alquiler de la tienda... y cuando voy a Rumanía lo veo todo. También quiero abrir un atelier, lo llevará un amigo.

—¿En Barcelona?

—Eso después, primero tiene que ir bien en Rumanía.

—No me has convencido, ¿estás segura de no hacer porno por dinero?

—A ver, soy rumana. El 80% de las rumanas son todas putas por los clubes de toda Europa. Tengo muchas amigas que tienen chalets y casas y mucha pasta porque trabajan en las saunas deluxe de no sé dónde. Si yo quisiera utilizar el sexo para ganar dinero a mí no me tendría por qué ver nadie. Haría eso, sería la más rica

como mis amigas y ya está. No me interesa eso, a mí me gusta ser actriz. Aunque sea la más guarra de las más guarras en la escena, yo me meto en el personaje porque me encanta buscar los límites en mi trabajo, porque gran parte de eso no lo haría en mi vida privada.

—¿Qué diferencia estableces entre una actriz porno y una prostituta?

—A ver... a una actriz porno le pagan por actuar un tiempo, una prostituta tiene que tener una doble vida, ser actriz todo el tiempo, entonces... ole por todas las prostitutas, en primer lugar, porque tienen que tener mucho estómago... mucho estómago en el sentido de que no todos los actores te gustan, y con una prostituta es igual, no todos los clientes te gustan. La diferencia es que como prostituta tienes que ser una persona diferente todo el tiempo.

—¿Te prostituyes?

—Si viene un tío y me dice que me paga dos mil o tres mil euros por una noche no tendría problema.

—¿Lo has hecho?

—Sí. No soy escort en el sentido de citas cortas, pero si me ofrecen esa cantidad yo sé que le echo un polvo y luego me voy a dormir.

—He leído de varias fuentes, todos ellos actores, que puede ser una práctica peligrosa para la industria.

—Nunca he tenido ETS, ni siquiera gonorrea. No sé lo que harán los demás.

—¿Cobras en negro?

—No es en negro, es que es la productora la que se encarga de pagar sus impuestos o no. No depende de nosotras, yo gano cuatrocientos euros aquí o allá y ya está.

—Cotizas entonces.

—Claro, y tengo derecho a una seguridad social. Yo declaro el dinero que gano cuando trabajo en España y ya está, pero estoy registrada como artista independiente. Lo único ilegal podría ser si trabajas solamente fuera y vives aquí, pero yo estoy pagando mis trescientos euros como autónoma.

—Tengo serias dudas con Budapest y todas sus historias, no he conseguido encontrar nada concreto. Lo he encontrado muy problemático a la hora de tratarlo en otras entrevistas, ¿qué me dices de ello?

—Tú llevas la vida en el porno como tú quieres. Lo de Budapest es relativo, es lo que digo: si quieres ganar, también tienes que invertir. Si vas a quejarte y no quieres estar en un piso con veinte personas, paga y no estarás en ese piso. Yo me voy a Budapest y pago. Las agencias de actrices te dan trabajo y se cobran una comisión directamente de las productoras, pero te aseguran unas condiciones. Yo pago a mi agencia un 20% de cada escena, pero tengo casa, comida, chófer... todo. Otra cosa es irme por mi propia cuenta, hablar con esta, con esta y con esta, alquilar un piso y meternos veinte personas, es otro tema, pero no siempre es así.

—No es lo que dicen en muchos periódicos, compañeras tuyas, además.

—Es profesional. A mí me encanta por ejemplo trabajar en Praga o Budapest, y aquí también, aunque con los españoles, como hay más confianza, somos más... da igual. Están flipando mucho con Budapest y en realidad es lo mismo que aquí, los mismos cinco o seis actores de siempre, ya te conoces. Por ejemplo, yo en una escena llegué ahí toda loca como soy yo, y me ofrecí a ayudar al actor, porque a mí me interesa ayudar a mi compañero para que la escena acabe más rápido. Si me tengo que esperar a que el tío se ponga palote y encima voy de diva la escena va a acabar mal. Pero sí, todo es profesional, es llegar, firmar el contrato, follar y fumarnos un cigarro.

La escena no está resultando en absoluto.

—¿Quieres que termine?

Después de haber pasado un buen rato penetrándola en el sofá, Wesley ha adquirido un color rojo que ha pasado por todas las tonalidades posibles. Los pies de Julia se movían al ritmo de los empujes durante los últimos cinco minutos sin ningún resultado. No hay erección.

Con la desesperación de quien se sabe derrotado, Wesley se pone a masturbarse frente a su boca. La coleta vuelve a subir y bajar en el sofá, más como un movimiento mecánico que como la interpretación de un impulso apasionado. Nada. Wesley manosea las nalgas de Julia y levanta el brazo en el aire para golpearlas con un azote que no podría estar más fuera de lugar. Solo queda el sonido hueco que produce la felación en la garganta, un esfuerzo inútil que solo produce en Wesley un falso placer y no una verdadera excitación que le haga eyacular. Solo gemidos irritantes y siniestros y el *fap, fap, fap* constante. Este chico no es válido, solo ha venido a desahogarse con tías buenas y ahora se encuentra con que la cámara lo pone demasiado nervioso.

Joan corta y baja la cámara. Wesley ni siquiera se da cuenta, pero no le dice nada y deja que siga. El salón se inunda con las sombras en movimiento de los falsos amantes y otra más redondeada, la del productor, esperando una nueva oportunidad para reanudar la grabación si ocurre algo nuevo, cosa que duda.

—Trabajas con muchas productoras y eres bastante famosa, ¿a qué crees que se debe?

—Saber idiomas me ha ayudado mucho. Hablo cuatro y entiendo seis: hablo rumano, castellano, alemán e inglés y entiendo francés e italiano. Antes no hablaba idiomas con otra gente, pero con el porno sí, me he dado cuenta de que tengo mucha facilidad. Me ayuda a buscarme la vida en el porno y por hablar los idiomas ya hago otro tipo de escenas. Ahora por ejemplo que vengo de Londres y lo he visto, vienen todo tipo de actrices de Rusia, Chequia o de Hungría y no hablan idiomas, entonces te hacen la típica escena de chica de la calle, actor que lo habla todo, que te folla y ya tienes la escena. Con idiomas ya puedes interpretar a otro tipo de personajes.

—Háblame del dinero por cada trabajo.

—Eso depende de tu caché... de tu *standing* en el porno. Una escena puede ser un solo (masturbación), que es lo mínimo, y pueden pagártelo a ciento cincuenta

euros, un chico-chica de doscientos para arriba, depende de la productora también. A los chicos se les paga un poco menos, pero un chico puede grabar varias escenas en un día y solo tiene que moverse más, le da igual. Tienen más trabajo.

Wesley tiene que dejar de masturbarse.

—Esto es normal, mañana podemos intentarlo otra vez si quieres.

La conversación continúa en un inglés básico pero efectivo. Wesley acepta, Julia se ha librado por una noche, o eso piensa, porque de repente el chico se levanta con ánimos renovados y empieza a masturbarse otra vez, con el ceño fruncido, rojísimo como el mismo diablo y gruñendo, aunque sepa que la cámara no está grabando.

Afuera escuchan todo lo que pasa. Ven a Joan pasear y les divierte, a todos menos a Siel, que se siente mal por el curso que están tomando las cosas. La cabeza de Pepe se dibuja en la red contra los mosquitos de la ventana y se queda fija, observando.

—¿Probamos por atrás?

Quiere hacerlo más fuerte todavía, como en las películas de verdad, que suene. Quiere bombear a saco y agarrar a Julia por los hombros y que ella se aferre al respaldo del sofá mientras grita de placer, pero no resulta. Ni siquiera logra correrse cuando Julia se abre de piernas frente a él en una postura elegida por ella, dispuesta a tomar el control. Todo es mecánico, impersonal. Wesley mira la cara de Joan y solo ve fracaso.

—¿Cuáles son tus gustos sexuales en tu vida privada?

—Soy muy pajillera yo. Mucho. Soy muy clitoriana. En mi vida normal yo con una buena comida, me follas diez minutos y ya está. Depende del día y de lo cachonda que esté, en el caso de una relación larga por lo menos. Pero en general me gusta el sexo con amor y a veces me atrae la asfixia.

—¿Un fetiche?

—No, pero me gusta la sensación de tener un orgasmo y que al mismo tiempo me cueste respirar.

—Dime una película que te guste.

—*Titanic*, he llorado mucho con ella... la habré visto veinte veces.

—¿Admiras a algún actor porno?

—Bueno... me gustaría mucho grabar una escena con Manuel Ferrara, y de actrices me gusta mucho Katya Sambuka... es una Barbie de por ahí de Rusia que además es cantante. Es una muñeca, me encanta.

—¿Qué esperas de la vida?

—Pues tengo veintisiete, con treinta años tendré la casa y el coche pagados y empezaré a tener una familia. Quiero tener hijos, me encantan los niños. En realidad, soy buena chica, me encanta mi trabajo, pero todo tiene un límite. Hay cosas que hay que pensarlas, seas actor, director o amateur. Ni siquiera me gusta que se me corran en la boca y sentir el sabor del esperma.

—¿Eres feliz?

—Mi vida no es plenamente feliz porque echo de menos eso, una familia y un novio. Pero laboral y materialmente soy muy feliz. Cada etapa de mi vida ha sido como tenía que ser, con quince años jugaba al escondite y con veintisiete tengo todo lo que quería tener. No necesito enamorarme, y no tengo por qué ser cínica. Mi vida es así te guste o no.

Las venas se marcan en la sien de Wesley como tuberías atascadas que surcan el rostro imberbe bajo la piel fina. Parece el asesino de otra vieja película *slasher* más.

—¿Es por la cámara? —pregunta Julia.

—No lo sé —responde el chico.

—No te estreses, es normal. Prueba a cerrar los ojos y no intentes ser actor. Cierra los ojos y pásalo bien, te olvidarás de la cámara.

Siel entra después y la aparta agarrándola del brazo.

—Julia, siento haberte hecho trabajar para nada.

Y la besa en la mejilla.